

LUCHAS OBRERAS CHINAS

¿Cómo describiría su ambiente familiar?

Nací en Pekín, pero mi familia era de la provincia de Shanxi. Proveníamos de un área extremadamente pobre en la cordillera de Taihang, donde mis padres eran campesinos. No obstante, a principios de la década de 1950, cuando el marido de la hermana mayor de mi madre se mudó a Pekín como funcionario, mi madre se vino con ellos para trabajar en su casa y cuidar de sus hijos. Así que yo nací allí en 1963. Poco después, mis padres se divorciaron. Cuando tenía tres años, estalló la Revolución cultural y nos enviaron de vuelta al pueblo, donde permanecemos los siguientes cinco años. Todo el mundo pasaba hambre. La gente supone que los campesinos fueron los que lo tuvieron peor, pero nosotros habíamos llegado al campo de la ciudad y, por lo tanto, no recibíamos ni siquiera la pequeña asignación de alimentos que se daba a los que estaban registrados oficialmente en el pueblo. Sobrevivimos gracias a la ayuda de parientes y yo empecé la escuela primaria allí. En 1971, volvimos a Pekín, donde mi madre consiguió un trabajo como obrera de la construcción. Éramos pobres de solemnidad y el trabajo era extremadamente duro. Las obras estaban por todo Pekín, pero para ahorrar dinero, mi madre no cogía el autobús. Casi cada mañana, solía irse de casa en torno a las seis en punto y no volver hasta las nueve o diez de la noche. Ésta era la vida de una obrera de la construcción en la década de 1970.

Al llegar del campo, tuve que repetir un año de la escuela primaria y la vida en el colegio me resultó muy dura, como niño de pueblo que no hablaba correcto mandarín y se negaba tercamente a aprenderlo. Pero fui pasando de la escuela primaria a la secundaria y al bachillerato en Pekín. Tras graduarme en 1980, cuando tenía diecisiete años, me alisté en el ejército. Se supone que todo el mundo tiene que cumplir el servicio militar, pero las cosas no resultan así en la realidad. En la práctica, fui como voluntario. ¿Por qué? Me aferré a un sueño. No había podido hacer encajar mi experiencia escolar con la idea de la gente viviendo en armonía bajo el comunismo. Al igual que muchos otros jóvenes de mi generación, admiraba mucho a Lei Feng, el soldado conmemorado oficialmente desde la década de 1960 por su preocupación por los demás, y me alisté al Ejército de Liberación Popular (ELP) con la esperanza de seguir su ejemplo.

¿Cuánto tiempo estuviste en el ejército?

Serví tres años en el área de Pekín, en un destacamento de la policía militar destinado a vigilar las cárceles de la región. Al cabo de seis meses, se me empezó a conocer como un soldado modelo; de hecho, cuando al final me detuvieron, uno de los funcionarios de prisiones se acordó enseguida de mí, porque habíamos prestado servicio en la misma unidad. Me pusieron al frente de una brigada y podría haber hecho carrera en el ELP si me hubiera limitado a seguir las órdenes. Pero me desilusioné por la corrupción de los oficiales y empecé a cuestionar cada vez más las órdenes que recibía. Así que, a la hora de los ascensos, me dejaron de lado y mis reiteradas solicitudes de ingreso en el Partido fueron rechazadas. Después de dejar el ejército, trabajé por poco tiempo en la biblioteca de la Universidad Normal de Pekín, antes de que me ofrecieran un puesto de trabajo en los ferrocarriles en 1984. Allí, me formé como electricista, controlando la temperatura de trenes refrigerados que se utilizaban para el transporte de carne, fruta y vegetales de una región a otra. Llegué a viajar mucho por el país, algo que siempre había sido un sueño de infancia.

¿Cómo llegaste a involucrarte en el movimiento de 1989?

El día de Año Nuevo de 1987, un amigo que trabajaba en el *Diario de Pekín* me dijo que había una protesta estudiantil en la Plaza de Tiananmen. Yo estaba viviendo en un callejón enfrente del periódico, a unas manzanas al este de la Plaza, así que salimos a echar un vistazo. Era una tarde realmente fría y había doscientos o trescientos estudiantes que llevaban pancartas con lemas como «Apoyamos al Partido Comunista», «Combate la corrupción» y «Apoya las políticas de reforma». Había periodistas extranjeros grabando la escena y había también coches y cámaras de policía. Los estudiantes estaban justo entrando en la plaza en su mayor parte vacía desde el noroeste, para cruzarla hacia su extremo nororiental, cuando vi a la policía empujando a las cámaras de televisión que había por allí y, a continuación, entre cincuenta y cien policías cargaron contra los estudiantes y empezaron a golpearles y darles patadas, llevándose a varios a la fuerza y metiéndolos en coches de policía. Para mí aquello fue probablemente la gota que colmó el vaso: todas mis ilusiones se hundieron.

En realidad, mi implicación en 1989 fue un accidente. Mi trabajo en los ferrocarriles me sacaba mucho de Pekín; pasábamos un mes o más fuera y luego teníamos un permiso de tres semanas. Durante uno de estos periodos, mi mujer y yo pasamos por la Plaza de Tiananmen en autobús. Alguien mencionó que la gente se estaba juntando en la plaza y mi mujer, que es una persona muy curiosa, insistió en que fuéramos y echáramos un vistazo. Esto fue el 16 de abril, exactamente el primer día del movimiento, y no estaban pasando demasiadas cosas: doscientos o trescientos estudiantes estaban discutiendo por qué había muerto Hu Yaobang, que no había democracia interna, qué era la democracia, etc. Empecé a hablar con la gente que había por allí y fue la primera vez que escuché una discusión seria sobre la democra-

cia como algo con un significado independiente: siempre se había incorporado dentro de otros conceptos, tales como «democracia bajo la dictadura del proletariado». Por supuesto, sabía lo que la palabra significaba: la expresión china *min zhu* se traduce como «el pueblo es el amo». Entonces, allí mismo, me sumé a la discusión. Intenté interpretarla a mi manera, para hacer que esta idea general de democracia, que no entendía en absoluto, se aplicara a mi vida. Decía que había que pensar en la democracia en el lugar de trabajo, en el control sobre la gestión y los beneficios. Como vivía cerca de la Plaza de Tiananmen, tuve muchas discusiones con la gente que andaba por allí y empecé a participar en las manifestaciones. Era un lugar en el que me formaba, a la par que me comunicaba con la gente, colectivamente. En cierto modo, había el ambiente de un festival.

¿Cómo surgió la idea de fundar un sindicato independiente?

El sindicato se creó la tarde del 19 de mayo, justo después de que Li Peng declarara la ley marcial. Un grupo de profesores y trabajadores de empresas estatales estaban intentando juntarse para nombrar delegados en la Plaza. A primera hora de la mañana del día 20, creo, llegué a la esquina noroeste de la plaza y vi su pancarta. Sin más, me coloqué entre ellos.

Hablé con gente distinta, en especial Li Jinjin, que estaba haciendo un doctorado sobre la Constitución en la facultad de derecho de la Universidad de Pekín. Le hice varias preguntas, porque yo no era una persona muy instruida, pero realmente quería asegurarme que aquel sindicato independiente tendría una base legal sólida. Me dijo que, de acuerdo con la Constitución, sí que teníamos derecho de manifestación y libertad de asociación. Así que dije que quería afiliarme, pero me contestaron que todavía no había estructura organizativa, porque la gente se había limitado a juntarse para proteger a los estudiantes. Discutimos cómo constituir una estructura para esta organización de trabajadores, bajo la bandera ya existente del Sindicato Autónomo de Trabajadores de Pekín. Creamos un comité preparatorio y celebramos elecciones: los que se presentaban como candidatos pronunciaban un discurso ante el grupo de entre 50 y 100 personas que había allí y la votación se hacía a mano alzada. Yo era una de las cinco personas elegidas como miembros del comité y en aquel momento me nombraron portavoz del mismo.

¿Estabas en contacto con trabajadores de grandes fábricas de la ciudad?

Hubo enormes manifestaciones populares durante la segunda mitad de mayo, en concreto, los días 17, 23 y 28, en las que aparecieron en la Plaza gran cantidad de trabajadores de diferentes fábricas con sus camiones y pancartas. Pero cuando les abordábamos preguntándoles si querían sumarse a nuestra organización, se mostraban distantes y decían que sólo estaban allí para apoyar a los estudiantes y que no querían complicaciones. En cierta medida, se trataba de un vestigio de miedos que se remontaban a la Revolución Cultural: formar parte de una organización contrarrevolucionaria era mucho peor que ser declarado un individuo contrarrevolucionario, así que la gente prefería participar en

manifestaciones como individuos y no asumir responsabilidades. El 1 y el 2 de junio, Wang Chaohua y unos cuantos estudiantes más vinieron a nuestra tienda para discutir. Decían que la movilización estudiantil estaba perdiendo impulso y querían saber cómo se podía organizar a los trabajadores. Era la primera vez que los estudiantes hablaban con nosotros sobre este tema y a mí aquello me estimuló mucho. Pero a nuestra joven organización le faltaba fuerza. Así que sugerí que, en lugar de hablar con trabajadores en las calles, los estudiantes, que ya estaban organizados, debían enviar equipos a varias fábricas diferentes para hablar con los trabajadores y discutir cómo podían organizarse. Nosotros les acompañaríamos, pero no teníamos capacidad para hacerlo nosotros solos. Algo más tarde esa misma noche nos fuimos todos a la Universidad de Pekín para preparar un encuentro con algunos estudiantes y yo me quedé allí a pasar la noche. A la mañana siguiente volvimos a la plaza y nos enteramos que un vehículo militar había arrollado a la gente la noche anterior. Pronto se produciría el desastre.

Has mencionado el miedo como resultado de la Revolución Cultural. Pero ¿no tenían también, los trabajadores la sensación de que, tal y como proclamaba entonces la Constitución de la República Popular China (RPC), eran los amos del país?

Sí, estoy totalmente de acuerdo. El motivo de que los trabajadores salieran a las calles era proporcionar apoyo moral a los estudiantes, como un hermano mayor, pero no había nada en particular que quisieran para sí mismos. Cuando preguntábamos a obreros fabriles, decían que querían que el gobierno tratara mejor a los estudiantes y nada más. Incluso cuando conseguimos organizarnos y redactamos nuestros estatutos, escribíamos con un tono muy general; no había nada tan concreto como beneficios, salarios, jornada laboral o negociación colectiva, aunque mencionábamos la democracia de fábrica, si no recuerdo mal. Desde el punto de vista político y social, nunca habíamos tenido ocasión de ser nosotros mismos, como individuos o, ni siquiera, como gente de clase obrera; no habíamos sido capaces de basar nuestro pensamiento en lo que necesitábamos. Estábamos intentando dar un salto, pero era el primero para nosotros y no sabíamos cómo hacer.

¿Tenías algún tipo de contacto con tus compañeros de trabajo durante ese periodo?

En aquella época, no. El único contacto que tuve con mis compañeros fue cuando algunos de ellos vinieron a la Plaza de Tiananmen a avisarme que iban a llegar representantes de los ferrocarriles a pedirme que volviera; decían que debía negarme, porque se trataba de una trampa. En efecto, recibí una visita de personas de la compañía ferroviaria y de su departamento de seguridad, que me ofrecieron protegerme poniéndome en un tren durante seis meses, lejos de Pekín. Pensé que me estaban tratando como un niño, pero les di amablemente las gracias y les dije que tenía una obligación con la que cumplir. Me habían elegido miembro del comité, era un portavoz, tenía que seguir hablando. Era probable que terminara en la

cárcel, pero eso era algo que tenía que aceptar. Cuando me dijeron que era posible que, más que encarcelarme, me ejecutaran, en realidad sentí una especie de euforia: estaría bien morir así, pensé, y sin duda muchos estudiantes pensaban lo mismo. Flotaban en el aire sueños de heroísmo.

¿Dónde estabas cuando llegó la represión el 4 de junio?

Llegué de vuelta a la Plaza de Tiananmen a primera hora de la tarde del 3 de junio, caminando, porque no había transporte público. Desde pocos días antes, circulaban rumores de que el ejército iba a intervenir y yo estaba intentando tranquilizar a la gente. No cesaba de decir que me había formado en el ejército y que no creía que soldados bien preparados, que entendían que su deber moral era servir al pueblo, dispararan contra sus conciudadanos. Por un lado, de verdad creía lo que estaba diciendo, pero, en otra parte de mi cabeza, pensaba que era posible que atacaran, aunque, si lo hacían, sería con balas de goma, gas lacrimógeno o cañones de agua. No tenía la certeza de que dispusieran de este tipo de equipamiento. El funcionario chino supuestamente responsable de los derechos humanos, Zhu Muzhi, declaró después que las tropas no tenían balas de goma, así que «no tenían otra opción» que utilizar munición cargada contra los manifestantes. Sencillamente pensaba, por una cuestión de principio, que soldados como el que yo había sido no cumplirían órdenes de disparar cartuchos cargados contra civiles.

Al caer la noche, estaba cansado hasta extremos increíbles –no había dormido en condiciones desde hacía días– y me fui a echar a mi tienda. Me despertó Robin Munro, de Amnistía Internacional, que estaba allí para observar la ocupación de la Plaza. Estaba muy nervioso y me aconsejó que tuviera cuidado. Hablamos durante dos horas o así, hasta que le dije que estaba demasiado cansado para seguir y se fue. Me acababa de quedar dormido cuando alguien me despertó diciendo que habían empezado a disparar con balas de verdad. No podía creerlo. Salí de la tienda y vi aquellas líneas rosas en el cielo: las balas de goma no dejarían ese color. Por un momento, creí que podría ser un indicio de que estaban disparando al aire, y no contra la gente, pero a continuación me dije que tenía que dejar de ser tan ingenuo. Otros me estaban preguntando qué hacer y la policía estaba entrando en la plaza. No sabía qué decir, la mente se me había quedado del todo en blanco. Me limité a volver a mi tienda, exhausto físicamente, incapaz de pensar, mirando a la gente correr de aquí allá, intentando quemar documentos. Estaba perdido por completo.

En torno a las 11:30 horas de la noche del 3 de junio, un grupo de 15 ó 20 jóvenes llegaron en mi búsqueda. Mis camaradas intentaron echarlos, pero ellos, sencillamente, forzaron la entrada, afirmando que tenía que irme con ellos, que allí iba a producirse una masacre sangrienta. Sin decir quiénes eran, insistían en que no debía quedarme y mencionaron *Solidarność*, comparándome con Lech Wałęsa. Desde luego que me sentí halagado de que se me concediera semejante importancia, pero no creía que mi vida fuera más valiosa que la de ningún otro. Además, huir habría sido bochornoso para mí. Les dije que me quedaría. Al final, los jóvenes se fueron, pero volvieron cinco

minutos después y uno de ellos dijo: «Discúlpame, pero me temo que tienes que venir con nosotros. Es nuestra misión y tu destino». Un tipo muy fuerte hizo un gesto a los demás y varios de ellos me cogieron y me sacaron sin más de la tienda. Me acompañaron hasta la zona este de la plaza –el ejército llegaba desde el oeste–, rodeándome para protegerme de las balas. Fue un momento muy conmovedor. En la esquina noroeste, vimos un tanque en llamas. Pasamos por delante del Ministerio de Seguridad Pública y luego del Hotel Pekín, donde vi a un hombre conduciendo con un sólo brazo una bicicleta en dirección este, mientras el otro le sangraba con profusión. Para entonces, ya eran cerca de la una de la madrugada. Cuando llegamos al cruce de Dongdan con la Avenida Chang'an, cerca de donde vivo, dijeron: «Muy bien, ahora deja la ciudad. Tenemos que volver a la plaza para proteger a alguna otra gente», y a continuación desaparecieron. Nunca averigüé qué les sucedió, si sobrevivieron en la plaza, resultaron heridos o fueron a la cárcel.

¿Qué fue lo siguiente que hizo?

Cogí mi bicicleta y salí de Pekín, hacia la provincia de Hebei. Mi plan –que era ingenuo, como todo lo que hice, teniendo en cuenta que por entonces tenía veinticinco años– era desaparecer por un año o dos, viajando hacia el sur en bicicleta y hablando con campesinos y trabajadores allá donde fuera. No tenía dinero, pero pensaba que podría localizar a líderes estudiantiles en las ciudades por las que pasara –porque estaba convencido de que tenía que haber organizaciones estudiantiles en todas partes– y pedirles ayuda. Estudiaría lo que estaba pasando en la sociedad, llegaría a conocer las vidas de la gente en las fábricas y los pueblos, y, de este modo, estaría mejor preparado para contribuir a plantear un cambio real al Partido Comunista. Me avergonzaba de ser el portavoz de una organización de trabajadores que los propios trabajadores no reconocían. Para mí era una pesadilla el momento en el que los periodistas me preguntaran en la Plaza «¿cuántos afiliados tienen?, ¿cuántos miembros?». Sabía que, cuando abordábamos a trabajadores en manifestaciones masivas, negaban que fuéramos un tipo de organización que les representara. Nadie nos había seguido, nadie nos había apoyado.

Durante algunos días, vagué por el campo, durmiendo al raso en los prados. Recuerdo una conversación con un agricultor que cuidaba de sus sandías, preguntándole sobre su vida, sus ingresos, lo que realmente quería, intentando hablarle de la democracia, de la necesidad de un gobierno elegido de verdad –cosas que acababa de aprender el último mes– y dándome cuenta que aquel hombre no tenía tantas quejas del Partido Comunista. Luego, en una ciudad, un día, me encontraba mirando una pantalla de televisión y, de repente, aparecieron, una tras otra, las fotos de los veintiún líderes estudiantiles más buscados, a muchos de los cuales reconocía. A continuación, apareció también mi imagen. De golpe, tuve la sensación de que mi universo se había desmoronado. Desde luego que sabía que mi situación era seria, pero no había imaginado que pudiera llegar a tal punto. Después de haber pensado que podría recorrer los campos hablando con gente, discutiendo con estudiantes en Zhengzhou o Nanjing, ahora me daba cuenta de que aquello era imposible.

Me sentía como si todo el mundo me estuviera mirando. Calándome el sombrero de paja de modo que me cubriera parte de la cara, partí en bicicleta, sin rumbo. Hacía mucho calor y tenía sueño cuando llegué a la orilla de un río con algo de sombra y me tendí junto a ella. Allí, empecé a pensar en qué hacer. ¿Debía seguir huyendo sin más? Entonces recordé el discurso que había pronunciado cuando me presenté a las elecciones de la Plaza de Tiananmen. Había dado mi nombre y mis datos personales, para que todo el mundo supiera quién era y pudiera confiar en mí; después de eso, había dicho que teníamos fundamentos legales para lo que estábamos haciendo y que si llegaba el día en el que nos procesaban, tendríamos una buena defensa. Pero que si teníamos que ir a la cárcel, sería el primero en hacerlo y no dejaría que nadie me arrestara, entraría en la cárcel por mi propio pie, voluntariamente. Había recibido una fuerte ovación. Ahora, pensé, me enfrentaba a una decisión: podía intentar huir, tragándome las palabras que había pronunciado delante de aquella gente, y quedar marcado como un mentiroso, lo cual sería el final de mi vida política. O podía mantener mi promesa.

Así que decidí volver a Pekín. Apresurándome, preguntando a la gente por la dirección —no sabía exactamente dónde estaba—, pedaleé rumbo a la ciudad. Mi mayor temor era que me pudieran detener antes de conseguir llegar a Pekín. Recuerdo que crucé un puente sobre un río, con cuarteles de guardia en cada uno de los extremos y policía uniformada sentada fuera. Pasé por delante de ellos muy despacio, silbando con aire despreocupado, y había avanzado cerca de treinta metros cuando me dieron el alto. Me preguntaron de dónde era y se animaron mucho cuando les dije que de Pekín. Les dije que no había podido ir a trabajar a causa del caos que había en la ciudad y que había decidido volver a mi pueblo por unas semanas. Fingí estar perdido y les pregunté por el camino para llegar a Shanxi. Recelosos porque viajaba en bicicleta y no en tren o autobús, me acusaron de ser un estudiante que había huido de Pekín y me pidieron ver el carnet de identidad. Por alguna razón, me lo había escondido en los zapatos, pero les dije que no lo traía conmigo y me inventé un nombre cuando me lo preguntaron. Me llevaron a un almacén, me pidieron que vaciara la bolsa y me registraron. Luego, me hicieron desnudarme y ponerme en la esquina y empezaron a darme patadas. Llegados a este punto, decidí conservar mi dignidad y les dije que deberían tratarme con respeto. Era un ciudadano normal y no había hecho nada malo. ¿Querían registrarme los zapatos o incluso dispararme sin más?

Pero, para entonces, ya se habían tranquilizado y me dijeron que volviera a ponerme los zapatos y la ropa y que me sentara. No obstante, uno de ellos estaba mirando una pequeña guía y sus ojos se movían de mí a una página y luego a otra. «Éste se parece a él», dijo, leyendo en voz alta la descripción. El otro me espetó «levántate» y compararon mi estatura con los datos que aparecían en el libro. Por suerte, no coincidían del todo y me había cortado mucho el pelo. De modo que el otro respondió «ése no es él» y, finalmente, me dijeron que recogiera mis cosas y me fuera. Me había alejado diez metros cuando di media vuelta y regresé para pedirles un vale que demostrara que

me habían dado el visto bueno, en caso de que me pararan en otros puestos de control. El policía que había dicho que yo definitivamente no coincidía con las descripciones contestó «¿Sabes qué? Limitate a correr y salvar el culo». Estoy bastante seguro de que sabía quién era y me había ayudado a salir del paso.

¿Llegaste a Pekín sin más percances?

Sí, llegué en bicicleta, sin topar con nuevas dificultades. En la Plaza de Tiananmen vi soldados armados y pensé con orgullo en lo que estaba a punto de hacer. Frente a la sede del Ministerio de Seguridad Pública, me acerqué a un soldado y le dije: «Soy Han Dongfang, tengo entendido que el Ministerio de Seguridad Pública me está buscando». El soldado se limitó a dar dos pasos hacia atrás —era un chico muy joven— y dijo: «¿Qué sección está buscando?», a lo que yo le repliqué: «No, no se trata de qué sección estoy buscando, sino de que la Seguridad Pública me está buscando a mí». Sólo contestó: «Vaya a recepción y regístrese». Por un segundo, empecé a arrepentirme de la decisión que había tomado. Creí que me había hecho famoso, pero nadie me había reconocido, ni siquiera al dar mi nombre; todavía tenía posibilidades de escapar con facilidad. Pero entonces se dirigió a mí alguien que bajaba por las escaleras y que claramente conocía mi cara y recordé que aquello no sólo me afectaba a mí, sino a todo el movimiento. Aquella persona resultó ser uno de los agentes de seguridad que había estado presente los días 28 y 29 de mayo, cuando yo había negociado, junto a otros de nuestra organización, la puesta en libertad de tres trabajadores detenidos en la Plaza. Dijo: «Así que ha venido a entregarse. Qué decisión más sabia, le salvará la vida». Yo contesté: «¿A qué se refiere con “entregarme” Estoy aquí para hacerme responsable de lo que hice, porque creo que lo que hicimos era totalmente correcto. Por favor, que los soldados hagan constar que no me he entregado».

Había elevado la voz y para entonces ya había unos cuantos espectadores en el área de recepción. El agente me pidió que no montara una escena, sino que le acompañara tranquilamente al interior del edificio, donde me llevó a una habitación y me dio té. Media hora más tarde, entraron otros tres o cuatro agentes de paisano y me llevaron por una puerta trasera hasta un coche. Pasamos en el coche por delante de Dongdan, al lado de mi casa, y les pregunté si podía hablar con mi familia o coger algo de ropa. Se limitaron a responder «¿dónde se cree que está?» y me llevaron al centro de detención de Paoju. Allí, me desnudaron y registraron dos policías jóvenes armados, que me cubrieron de atroces insultos. Cuando les espeté «¿por qué no me golpeáis o disparáis sin más?», los agentes de paisano les pidieron que me dejaran en paz. A mí me dijeron: «Ahora ya sabe dónde está, más vale que se comporte. Aquí no manda usted. La próxima vez, podemos hacer lo que queramos». A continuación, me llevaron a una celda.

¿Cuánto tardaron en juzgarle después de aquello?

No hubo juicio. Hubo un interrogatorio permanente. Durante los primeros 10 días más o menos se concentraron sin descanso en un objetivo: conse-

guir que dijera que me había entregado, algo que por supuesto negué. Me enseñaron crónicas periodísticas de ejecuciones en Zhengzhou, Shanghai y Pekín, comparándome, por ejemplo, con un hombre condenado a muerte por quemar un camión. Decían que se me podría disparar mil veces seguidas por el daño que había causado, pero que tenía una oportunidad de oro de salvar la vida: no tenía más que decir que me había entregado. Me mantenían despierto día y noche, no dormía más de una hora al día. Lo peor era cuando me levantaban a medianoche y me llevaban a una habitación pequeña, iluminada con una luz cegadora. Me ponían en una esquina y me interrogaban severamente personas situadas detrás de la luz de quienes no podía ver sus caras, pero sí oír sus voces. Podía ver un pequeño punto rojo en la esquina de la habitación que estaba seguro que era una cámara.

Sólo querían que dijera que sabía que me había equivocado y que, por lo tanto, me había entregado. Yo lo único que anhelaba a cada momento era una hora de sueño, hasta que el deseo se hizo realmente desesperado: contando los minutos, diciéndome que tenía que aguantar sólo un poquito más antes de ceder, era duro de verdad. Al final, una mañana me dijeron que habían hecho todo lo que podían por salvarme, pero que no conocía el valor de la vida. «Un día de éstos, se verá frente a una bala y esperamos que entonces se acuerde de nosotros». Les di las gracias y les pregunté si podía volver a dormir. «Sí, ahora ya puede irse a dormir para siempre». Así que, por un lado, había logrado cierta dignidad. Pero, por el otro, la vida estaba a punto de desaparecer. Era una especie de vacío que me aterrorizaba. Me volví a dormir y me desperté asediado por la culpa de no haber sido mejor con mi propia familia y porque ya no tendría la oportunidad de pedirles perdón antes de morir. Estuve esperando durante un mes, cada día, que la puerta se abriera y me llamaran para matarme. Por un amigo periodista, sabía cómo se hacían las ejecuciones en China. La humillación final consiste en obligarte a arrodillarte y ponerte de cara al suelo, frente a un agujero excavado en el terreno. A continuación, te disparan por la espalda y te empujan al agujero. Ese momento antes de morir, cuando tienes que arrodillarte en el suelo, a punto de que te maten, era para mí el pensamiento más penoso de todos. Empecé a imaginar cómo escaparía de aquella postura. Al final, decidí que huiría tan pronto como me sacaran del coche de policía en el que me llevaran para ser ejecutado, de modo que tuvieran que dispararme mientras corría. También imaginaba que, si me atrapaban, tendrían que sujetarme y dispararme mientras yo forcejeaba y les gritaba. Después de concebir este plan, estaba más tranquilo: me sentía preparado para morir y empecé a comportarme con mayor firmeza en el centro de detención. Mi actitud de resistencia frente a toda aquella máquina de matar hizo que me ganara el respeto de los guardias de la cárcel. Nadie me tocó nunca ni me golpeó físicamente mientras estuve en prisión, aunque me torturarían en su debido momento por otros medios.

Después de un tiempo, me metieron en una celda con veinte reclusos, todos ellos con tuberculosis; algunos tenían también problemas hepáticos o afecciones cutáneas. Aquella gente tenía realmente un aspecto terrible y todos

ellos tosían sangre. El subdirector de la cárcel, antes de meterme en aquella celda, me dijo que me tenía un gran respeto, pero que estaba yendo demasiado lejos: ¿acaso no sabía lo que significaba la cooperación? Para entonces, mi único miedo era enfermar y no vivir lo suficiente para ver la caída del Partido Comunista. En la celda, contraí tuberculosis y no recibí ningún tratamiento apropiado. Estuve allí durante cerca de nueve meses, hasta la primavera de 1990. Entonces, me trasladaron a la Prisión Primera de Pekín, en Banbuqiao, hasta que el Ministerio de Seguridad Pública decidió construir en el lugar un complejo de apartamentos para sus empleados y todos los reclusos fueron transferidos a Qincheng, en los suburbios septentrionales. Me puse varias veces en huelga de hambre y estuve realmente cerca de la muerte. No podía hacer nada por mí mismo y, al final, tenían que alimentarme. Un día, entraron a mi celda unas personas de la fiscalía de Pekín —en aquel tiempo ya me habían trasladado a Qincheng— y dijeron que querían hacerme preguntas. Yo estaba demasiado débil hasta para hablar, así que los demás prisioneros les pidieron que trajeran papel y pluma. Escribí que si querían terminar mi proceso antes de que me muriera, debían enviarme al hospital. Se sobresaltaron tanto que se marcharon sin más. Pero una hora más tarde llegaron las autoridades penitenciarias y me cortaron el pelo, me sacaron de la celda y me pusieron un gotero durante un día para fortalecerme. A continuación, me mandaron a un hospital muy importante, donde permanecí durante dos semanas y me recuperé un poco.

A mi familia le pidieron que firmara los papeles para mi puesta en libertad en la primavera de 1991, pero no le contaron nada de mi enfermedad. Creían que sería capaz de ir a dar paseos al parque, pero no podía ponerme de pie ni articular una frase completa. Pesaba 40 kilos. Ni siquiera el hospital militar pudo diagnosticar mi dolencia. Mi pulmón derecho estaba tan terriblemente afectado que era como un trozo de piedra —no entraba ni salía nada, de modo que no se veían bacterias en ninguna de las radiografías—. Un médico de la ONG con base en Boston Médicos por los Derechos Humanos, que había volado hasta Pekín, examinó una de mis radiografías y comentó que nunca había visto un caso de tuberculosis que infectara todo un pulmón de aquella manera. Estuve con medicación durante un año y medio y luego me comunicaron que había que extirpar el pulmón si no se veía afectado el corazón. La AFL-CIO organizó la operación para mí en el Centro Médico de la Universidad de Columbia y conseguí un visado para ir a Nueva York en otoño de 1992. Mis amigos me aconsejaron que me operara en Pekín, porque, si me iba de China, nunca me dejarían volver. Les repliqué que sabía lo que estaba haciendo —no quería accidentes médicos— y les dije que estaría de vuelta en el plazo de un año.

Y, efectivamente, un año después, regresé. No se lo dije a nadie, ni siquiera a mi mujer. Volé de Boston a Helsinki para pronunciar un discurso en una conferencia de sindicatos internacionales del sector público y compré un billete sólo de ida desde allí hasta Hong Kong. Nadie sabía de mi llegada, vine sin más. Al aterrizar, llamé a Robin Munro, que estaba muy sorprendido de oírme, pero me recogió y me escondió en la isla de Lantau. El visa-

do de turista que tenía para Hong Kong expiraba al cabo de una semana, así que, con un amigo de allí, cogimos un barco hasta una pequeña ciudad en la frontera. Escogimos un lugar donde sólo hubiera un puesto de control policial pero sin ordenador, porque me figuraba –con acierto, tal y como pudimos constatar– que un ordenador recordaría mi nombre, pero un policía no. Todo salió tal y como lo habíamos previsto. Una vez al otro lado de la frontera, fuimos en autobús y taxi directos al aeropuerto de Guangzhou. Pero todos los vuelos para Pekín de aquel día estaban completos, así que mi amigo sugirió que nos registráramos en un hotel caro, que tendría sin duda una vía para conseguir billetes para sus huéspedes. Así que nos dirigimos al Hotel Oriente, que, tal y como descubrí más tarde, está controlado por el Ministerio de Seguridad Pública. Alrededor de las 4:30 horas de la madrugada siguiente, llamaron a nuestra puerta y un grupo de policías entró violentamente y me detuvo. A primera hora de la tarde de aquel día, me mandaron de vuelta a Hong Kong por el puente Luohu, en Shenzhen.

Después de que te devolvieran a Hong Kong, ¿emprendiste el trabajo organizativo con bastante celeridad?

Durante los dos primeros meses, intenté volver a entrar en China varias veces. Después de todo, es mi país, nací y crecí allí y tengo un pasaporte chino. Todas las veces me hicieron volver; en una ocasión, me cogieron a mitad de camino, mientras cruzaba el puente, y me echaron físicamente al otro lado. Pero luego me di cuenta de que mi tarea no consistía simplemente en hacer que el gobierno chino tuviera una mala imagen intentando cruzar la frontera cada dos semanas rodeado de periodistas. Tenía que volver a mi propósito original, que era contribuir a crear un movimiento de trabajadores. De modo que, en marzo de 1994, empecé el *China Labour Bulletin* [*Boletín Obrero Chino*]. El objetivo era producir un periódico semanal que hablara de lo que estaba sucediendo en China, describiendo las vidas de los trabajadores y explicándoles la idea de la organización sindical. El concepto era esencialmente educativo. Con base en Hong Kong, el boletín tendría dos ediciones, una publicada en chino y la otra en inglés. Dada la cantidad de trabajo que implicaba, en especial por las traducciones, se fue convirtiendo poco a poco en una publicación mensual. Enviábamos la versión inglesa a organizaciones sindicales en el extranjero y la versión china a fábricas de la RPC. En las librerías de Hong Kong es posible comprar un directorio de fábricas del continente, actualizado cada año, que contiene cerca de 100.000 direcciones. Mandábamos el boletín, en cierto sentido de manera exploratoria, a diferentes plantas seleccionadas de esta guía. Dirigíamos el boletín a la sección sindical de la fábrica, aunque sabía que esto significaba que acabaría con frecuencia, si no siempre, en la comisaría de policía local. Pero no me importaba: los agentes de policía eran los que más necesitados estaban de educación. Después de 1999 o 2000, dejamos de imprimir el boletín y pasamos a una versión puramente *on-line*, un boletín informativo electrónico. Nos parece que resulta más atractivo y llega a más gente. También está el aliciente de que podemos poner transcripciones de las conversaciones con trabajadores del programa de radio que hago directamente en

línea y enviarlas, junto con comentarios míos sobre los casos en cuestión. Puedes comprobarlo: www.china-labour.org.hk.

¿Qué puedes decirme de tu programa de radio, Labour Express [Exprés obrero]?

Empecé a hacer un programa en la *Radio Free Asia* [Radio Asia Libre] en marzo de 1997, poco antes de que los británicos entregaran Hong Kong a la RPC. Me daban tiempo en antena dos veces a la semana para hacer comentarios acerca de cuestiones laborales chinas; pero, después de unos meses con esto —a finales de 1997—, les dije que no podía seguir hablando sobre los trabajadores chinos sin charlar con ellos. Estaba perdiendo contacto, las ideas se me estaban secando. Les sugerí dar un número de teléfono, de modo que el público pudiera llamar gratuitamente. En efecto, la gente empezó a llamar. A los que llamaban desde casa, les pedía que volvieran a llamar desde un teléfono público, para, a continuación, devolverles la llamada. Los que llamaban después de las horas de oficina, dejaban mensajes y cuando llegábamos por la mañana nos encontrábamos con la cinta llena. Mis escritos se beneficiaron realmente como resultado de este diálogo con mis oyentes radiofónicos y mis artículos se hicieron mucho más realistas y concretos. Entonces me di cuenta que de verdad había que sacar todas estas conversaciones a la luz pública y decidí que las pondríamos durante la emisión, siempre que las personas que llamaran estuvieran de acuerdo. Empecé a recibir más y más llamadas de teléfono y la gente estaba muy dispuesta a hablar. Al principio, utilizábamos programas informáticos para alterar las voces de las personas que llamaban, para que no se les pudiera reconocer, porque no quería que aquello les causara problemas. Pero, poco a poco, empezaron a decir con cada vez mayor frecuencia: «¡No, no quiero que me cambiéis la voz! Quiero decir la verdad».

A continuación, empezamos a cubrir manifestaciones y huelgas, no a toro pasado, sino como crónicas de noticias de actualidad. Producía reportajes que incluían entrevistas con trabajadores, funcionarios del gobierno, sindicatos, directivos, etc. Por ejemplo, en 1998, hubo una serie de conflictos relativos a atrasos salariales y al trato hacia los trabajadores jubilados y hacia aquellos trabajadores no registrados como desempleados y todavía vinculados a sus antiguas empresas, que en ocasiones reciben a corto plazo un subsidio muy reducido para paliar su situación [*off-post workers*]. Hubo protestas en la calle y recibí una llamada desde un teléfono público frente a un edificio del gobierno, diciéndome que había quinientas personas concentradas allí. Así que devolví la llamada y entrevisté a gente al otro lado de la línea, preguntándoles por sus problemas y sus vidas. Fue extraordinario, como si tuviera un reportero en el lugar de los hechos, grabando las noticias en directo. Luego llamé a funcionarios del gobierno local y les pregunté qué iban a hacer y por qué la situación estaba empeorando y empeorando. Y les pregunté a los representantes sindicales qué estaban haciendo por los trabajadores y ellos contestaron que estaban intentando tranquilizarles y mandarles a casa, porque los trabajadores no entendían las dificultades a las que se enfrentaban la dirección empresarial y el gobierno, etcétera.

¿Procedían las llamadas que estaba recibiendo de alguna región en particular? Por ejemplo, ¿estaban concentradas principalmente a lo largo de la costa?

No, provenían de todas partes, incluso Tíbet y Xinjiang. La distribución de las llamadas ha dependido más del periodo que de la región, en particular, del ritmo de las reformas de las empresas estatales en cualquier zona dada del país. En torno a 1998-1999, hubo muchas protestas *off-post workers* en Heilongjiang, Gansu y Guizhou, por ejemplo, y bloqueos de trenes en las áreas mineras carboneras de Sichuan.

¿Puede la gente escuchar el programa en toda China?

Depende de las zonas. A veces hay interferencias en la señal y llama gente para protestar. No pueden creer que los estadounidenses, con toda su tecnología, no puedan sortear las interferencias producidas por las emisoras de radio locales en las que está implicado el ejército. Básicamente, lo único que hacen es emitir programas alternativos en la misma frecuencia, óperas y cosas así.

¿Ha disminuido el factor miedo desde que empezó con este tipo de cobertura?

Sí, el miedo de la gente está desapareciendo. El motivo, a mi juicio, es que la ira está creciendo y eclipsando el miedo.

¿En qué sentido cree que se han desarrollado sus ideas a consecuencia del programa de radio y del boletín?

He aprendido mucho. Al hablar con tanta gente diferente, me he visto obligado a hacerme más realista y pensar en cómo resolver problemas en términos cada vez más concretos. Al principio, resultaba muy difícil, pero fui desarrollando cierta habilidad para hacerme una idea general de una fábrica hablando con diferentes trabajadores, directivos y funcionarios del gobierno. Luego me di cuenta de que, aunque podía hacer observaciones sobre estas cosas, no podía proporcionar soluciones, en primer lugar, porque era incapaz de hacerlo y, en segundo lugar, porque nadie me había votado. No representaba a nadie.

Al inicio, cuando preparaba reportajes sobre manifestaciones y hablaba con distintos funcionarios, intentaba obligarles a responder a mis preguntas, a las que daban respuestas estúpidas que ponían de relieve la enfermedad del sistema. Me entusiasmaba mucho con nuestro éxito a la hora de hacer esto. Pero, después de un tiempo, me di cuenta que este tipo de actividad no ayuda realmente a resolver ninguno de los problemas de la fábrica. La cuestión de los atrasos salariales, por ejemplo, depende del presupuesto de la empresa; si no hay dinero, yo mismo podría estar en el lugar del funcionario sin ninguna solución mejor. Por lo tanto, me parecía que los trabajadores deberían intentar resolver los conflictos de un modo pacífico y racional, a través de la negociación. Si se deben nueve meses de atrasos salariales y

el gobierno no puede pagar más de tres, no tiene ningún sentido quedarse en la calle hasta que se pague la suma total; negocias y consigues que paguen tres meses, por ejemplo, y el resto, en un plazo de nueve meses. Pero luego me di cuenta de que, sin una base legal para las negociaciones, no había nada que obligase al gobierno a cumplir sus promesas.

Así que desarrollamos una forma de lucha que implicaba animar a los trabajadores a presentar demandas. La ley es muy clara respecto a la responsabilidad del gobierno de pagar los salarios de los trabajadores; el Ministerio de Trabajo no sólo está obligado a desembolsar los atrasos salariales, además debe pagar una multa por permitir que se produzcan. Desde hace cerca de dos años y medio, el Boletín ha estado interviniendo activamente en este tipo de casos. Ya no observamos las cosas desde el otro lado de la barrera, sino que explicamos los procedimientos legales a los trabajadores y encontramos abogados dispuestos a llevar los casos. Hace dos años, unos diez trabajadores de una fábrica textil enorme de Suizhou, en la provincia de Hubei, fueron detenidos después de una manifestación. Les conseguimos un abogado de Pekín, después de lo cual les retiraron los cargos y las autoridades les enviaron directamente a un centro de reeducación sin juicio. De modo que nos dirigimos a la oficina local de la Seguridad Pública con el abogado, insistiendo en que se trataba de una decisión administrativa ilegal y pusieron en libertad a los trabajadores. Fue una intervención muy eficaz. Después de aquello, desarrollamos un «programa de intervención en procesos judiciales», que ha resultado muy fructífero hasta la fecha. Cada vez hay más abogados dispuestos a trabajar con nosotros directamente, no sienten la necesidad de esconderse; además están sacando dinero de ello, de manera profesional.

Hasta ahora has hablado de empresas estatales. ¿Qué hay de los conflictos en el sector privado?

El sector privado se puede dividir en dos componentes: empresas nacionales y extranjeras. Resulta mucho más fácil tratar con firmas extranjeras que con firmas chinas. Las compañías locales están formadas en su mayor parte por antiguas empresas estatales ahora privatizadas, cuyos dueños actuales son antiguos directivos o funcionarios, que incluyen a los funcionarios locales en sus beneficios. Así que, en este tipo de casos, todavía tenemos que habérnoslas con funcionarios del gobierno local, que están muy protegidos. Con las fábricas extranjeras –incluidas las que son propiedad de inversores taiwaneses, coreanos y de Hong Kong–, desde luego que los dueños pagan a los funcionarios locales, pero puedes poner a estos funcionarios en un aprieto señalando la legislación laboral y diciéndoles que están protegiendo a los inversores extranjeros a expensas de los trabajadores chinos. Resulta mucho más fácil ejercer presión utilizando este tipo de argumento.

También me he dado cuenta de que a los trabajadores les resulta más fácil emprender acciones en fábricas extranjeras. Con frecuencia, proceden del campo y nunca nadie se ha preocupado por ellos. En las antiguas empresas estatales, muchos trabajadores se han quedado después de la privati-

zación, incluso con salarios drásticamente reducidos. Sin embargo, muchos de ellos todavía tienen la sensación de que el Estado de algún modo debería cuidar de ellos. Esta creencia es residual, pero es suficiente para ahogar su independencia dado que no quieren cortar puentes haciendo algo drástico por su cuenta. Hace años, por ejemplo, el gobierno iba a cerrar una fábrica. Animamos a los trabajadores a poner una denuncia y organizarse, pero no querían. Muchos de ellos estaban asustados y dispuestos a aceptar condiciones menos favorables. La mayoría perdió todo e incluso los que conservaron su puesto están trabajando ahora en condiciones mucho peores. Ahora están ansiosos por luchar, pero es demasiado tarde. Se ha perdido la base para construir solidaridad: donde antes tenías, pongamos, cinco mil trabajadores, ahora sólo hay trescientos. Todo esto hace que los esfuerzos organizativos en antiguas empresas estatales resulten una experiencia descorazonadora. Creemos que los trabajadores en fábricas extranjeras deberían ser el principal objetivo del trabajo organizativo del movimiento obrero en China. Una vez que esta gente esté organizada, influenciará a las empresas estatales privatizadas.

Has mencionado los atrasos salariales. ¿Cuáles son las otras cuestiones que surgen? ¿Las condiciones laborales? ¿Los salarios? ¿Y qué hay del desempleo?

Desgraciadamente, no podemos esperar organizar a los desempleados. A menudo, hay trabajadores que se ponen en contacto conmigo para quejarse por adelantado de un despido injusto. Les animo una y otra vez a interponer una demanda, pero se niegan, prefiriendo elevar una petición a las autoridades una y otra vez, hasta que pierden formalmente su trabajo. Pero, para entonces, ya es demasiado tarde, porque no hay documentos legales que demuestren que no consentían su despido. Este tipo de cosas resultan especialmente tristes, porque esta gente es la más pobre de todas, la que más ayuda necesita. Contra nuestra voluntad, nos vemos obligados a elegir determinados puntos de entrada, si esperamos construir un movimiento. No vemos el *China Bulletin* como un centro de servicios, aunque desde luego ayudamos en casos individuales siempre que podemos. Nos vemos como creadores de un movimiento obrero y creemos que la protección de los trabajadores en el futuro depende de que tengamos éxito en la creación de un movimiento fuerte. Así que tenemos que tomar decisiones dolorosas: abandonar un caso y seguir con otro, si da la impresión que el segundo puede convertirse en un tema colectivo, en el que es posible que los trabajadores elijan representantes que puedan acabar haciéndose dirigentes sindicales. Porque estas luchas legales son clave para que los trabajadores se animen a constituir un sindicato en la fábrica. En el momento en que hay representantes sindicales elegidos, hemos avanzado un paso en la reforma del sindicato oficial, del que no queremos deshacernos, porque lo consideramos un armazón útil. Hay que cambiarlo internamente, con mayor participación obrera. A escala de fábrica, una vez que consigues que haya miembros que presionan para que se convoquen elecciones, que acusan de prevaricación a los funcionarios irresponsables, que interponen demandas, gran cantidad de cosas se hacen posibles. Nosotros ofrecemos formación legal a los tra-

bajadores, informándoles de cómo organizar un sindicato, ayudándoles con el procedimiento electoral, fabricando carnets de afiliados, manteniendo el contacto con la gente.

Al mismo tiempo, como hacemos todo a partir de una sólida base legal, la Policía de la Seguridad Pública local no puede hacer mucho contra estos obreros. Explicamos a los trabajadores que les estamos ayudando por sus conflictos laborales y que queremos resolverlos por el bien de todos. Así que, si la policía les pregunta si tenemos una agenda oculta, no hay nada que nadie pueda decir contra nosotros. Hace poco, hubo una huelga de 49 días en una fábrica textil en Xianyang, en Shaanxi. La mayoría de los trabajadores eran mujeres. Les esboqué los procedimientos electorales y los puntos más interesantes de la legislación laboral y sindical y les ofrecí encontrarles un abogado en Pekín. Entonces, detuvieron a las dirigentes. Por un lado, tenía motivos para estar seguro de que no recibirían el mismo trato que los trabajadores en Liaoyang. Por otro, pensaba, ¡Dios!, en realidad he enviado a estas personas a la cárcel. Tres meses más tarde, fueron puestas en libertad. Después de aquello, aprendimos a mantener nuestra atención centrada en los conflictos laborales más realistas y los temas más concretos. Una empresa con cotización en Hong Kong y orígenes estatales, llamada *China Resource*, compró la fábrica de Xianyang. Prometieron a las trabajadoras que nada iba a cambiar y que todo el mundo obtendría contratos de larga duración. Pero tan pronto como el acuerdo estuvo cerrado, las obreras recibieron la noticia de que el contrato más largo que habría sería de tres años y que todo el mundo entraba a partir de aquel momento en un periodo de prueba de seis meses. Trabajadoras muy cualificadas, que habían estado en el mismo puesto durante 20 años, estaban ahora en periodo de prueba y no recibían más que el 60 por 100 de su salario anterior. Por este motivo, empezaron a protestar cerrando las puertas de la fábrica y deteniendo por completo la producción. A día de hoy, siguen trabajando. No las han despedido.

Hace muy poco recibí un correo electrónico de un profesor de un colegio de enseñanza primaria empleado en una mina de carbón en Jilin, que escribía en nombre de miles de mineros. Dijo que había leído uno de mis artículos en internet y que estaba absolutamente de acuerdo con la necesidad de organizar a los trabajadores, así que se había descargado el artículo, lo había impreso y lo había hecho circular entre los mineros. Estaban muy entusiasmados con la idea de organizarse legalmente, pero querían mi ayuda porque no conocían el procedimiento correcto. Éste es el tipo de casos en los que quiero centrarme y que es preciso tratar con extremo cuidado. La gente en China ha vivido la Revolución Cultural, el 4 de junio y, luego, después del 4 de junio, llegó la oscuridad; tienen mucho miedo, pero no pueden explicar por qué lo tienen. Creo que el peor de los miedos se siente cuando no puedes entenderlo o encontrar una razón que lo explique. Una vez que conoces el motivo, puedes superarlo. Proporcionando ayuda legal a los trabajadores, dejamos muy claro que no hay motivo para estar asustado, que hay esperanza para todo lo que están pidiendo.

¿Sería exacto decir que todas las ramas del sindicato oficial, dondequiera que se mire, están actuando en beneficio de la dirección y no por los trabajadores?

Sí, eso es absolutamente cierto y es aplicable a todas partes. En la mayoría de los casos, los propios funcionarios sindicales son también parte de la dirección.

¿Tu estrategia consiste en hacer que los trabajadores ganen la suficiente confianza en sí mismos como para votar con el fin de desbancar a esta gente de sus cargos e insistir en tener representantes reales?

Solía pensar eso, pero lo considero imposible mientras la gente tenga miedo. Además, no conozco el procedimiento técnico. Por otro lado, aun cuando les hablo a los trabajadores de la legislación laboral, la legislación sindical, etc., ellos se siguen concentrando en casos específicos y no en las elecciones sindicales. Tengo que convencerles de que unas elecciones sindicales están estrechamente conectadas con su caso, de que permiten darle más legitimidad. Pero creemos que, en la medida en que haya más trabajadores en la fábrica organizando elecciones, habrá una presión real sobre el sistema sindical existente: si no representas a estos trabajadores, te echarán del cargo. Ni siquiera las mejores personas del aparato actual, que sienten verdadera compasión por el destino de sus trabajadores, han recibido nunca preparación para organizar nada. No tienen ni idea de cómo representar a los trabajadores. Por otro lado, mientras los juicios continúen, lo más importante es que permitan construir confianza entre los trabajadores. Mientras haya confianza colectiva, no importa que se cometan errores de procedimiento, se pueden corregir, aprender y cambiar. Pero si no hay confianza, ni siquiera será posible empezar. Por eso proporcionar orientación legal y abogados resulta tan útil para estos trabajadores, ya que así por fin han encontrado un terreno sólido sobre el que caminar.

Lo que dices viene a sugerir que los trabajadores pueden confiar en los tribunales.

Si tienes a suficientes trabajadores unidos, le pones más difícil a los tribunales que tomen decisiones que van en contra de las propias leyes del país, algo que, por supuesto, son perfectamente capaces de hacer.

¿Existen casos en los que los trabajadores intenten hacer huelga para conseguir mejoras salariales? En otros lugares, esto sería algo normal.

Ahora esto sucede cada vez con mayor frecuencia. Hay huelgas casi cada día en el área de Shenzhen. Se trata de huelgas por reducciones de la jornada laboral, incrementos salariales y mejores condiciones de trabajo. Pero ésa es la naturaleza de la clase obrera, se despertará por sí misma, con independencia de que esté o no esté allí el *China Bulletin*. Lo único que podemos hacer es contribuir a que el viaje hacia la confianza colec-

tiva sea más corto y a que el precio que los trabajadores paguen por ello sea menor, evitando luchas desesperadas que están destinadas al fracaso.

Las personas que se ponen en contacto contigo, ¿son en su mayoría trabajadores mayores o jóvenes?

Una mezcla. Depende de dónde trabajen. En las antiguas empresas estatales, se trata, en la mayoría de los casos, de personas mayores, que todavía no se han jubilado, en torno a los 40 y 50 años. Todavía necesitan sus trabajos y ahora quieren luchar, pero no saben cómo. En estos momentos, nos estamos centrando en fábricas extranjeras, en especial en las áreas de Shenzhen y Guangdong, en casos de enfermedades laborales. En las luchas por el salario, puede dar la impresión de que estás yendo más allá de lo básico con tus reivindicaciones; pero aquí, donde la gente ha contraído enfermedades por las malas condiciones laborales, estás pidiendo cosas muy por debajo de lo esencial. Por este motivo, cuando obligamos a la Oficina del Trabajo local a rendir cuentas, obtenemos mucha solidaridad de los periodistas, abogados y jueces e incluso de funcionarios del gobierno responsables de otras áreas. Este tipo de casos nos proporcionan la oportunidad de explicarlo todo –libertad de asociación, negociación colectiva, legislación laboral y sindical, respeto de los derechos humanos básicos–, analizándolo en términos concretos. Como actuamos a través del sistema legal, nadie puede ir contra estos trabajadores. Si podemos persistir, podríamos volvernos indestructibles.

Tu estrategia se lo juega todo a acciones legales de carácter defensivo para crear confianza colectiva entre los trabajadores. Pero la gente corriente en China, trabajadores y campesinos, empleados y desempleados, ¿no tiene una conciencia apasionada con respecto a temas de justicia social, tan fuerte como respecto a la justicia legal, si no más? Hay una desigualdad económica que está creciendo de manera tremenda, incautaciones de tierras campesinas y un enriquecimiento descomunal de funcionarios corruptos, hombres de negocios y yuppies. ¿Cómo se puede esperar, con cierto sentido de la realidad, que la ira que esto provoca no conduzca a explosiones populares fuera, y contra, las leyes fuertemente represivas del país? ¿Le dirías a la gente que debe permanecer tranquila y sufrir el status quo cuando su indignación se desborda?

Es cierto que, a día de hoy, la gente corriente en China no tiene una conciencia menos fuerte respecto a la justicia social que en relación con la justicia legal. Sin embargo, nuestro enfoque no significa que nuestra interpretación de una excluya la otra. En la historia moderna china, ha habido una y otra vez esfuerzos por resolver problemas sociales por medios sociales, de acuerdo con una pauta cíclica. Y esto no es sólo algo que haya ocurrido en el pasado, sino que está muy presente en el momento actual. En otras palabras, no hace falta que nadie haga campañas o movilice en torno a ello para que tenga lugar. Sucede todo el tiempo, sin una movilización especial. La contribución que podemos hacer desde el *China Labour Bulletin* es ofrecer una línea de pensamiento que difiere de la tradición de levantamientos, luchas armadas y revoluciones.

Nuestro planteamiento es ofrecer más opciones a la gente china corriente cuando hay un problema social candente. ¿Depositarias más confianza en reunir a decenas de miles de personas en las calles o en buscar ayuda legal de un abogado? La mayoría de la gente china cree en lo primero y no en lo segundo. No sólo forma parte de nuestra historia moderna. Está muy presente en la sangre de nuestra realidad de hoy e incluso de mañana. Así que no hay ninguna necesidad de que nosotros trabajemos por ello. Lo que le ha faltado a China históricamente es un sistema legal justo y el imperio de la ley. Los esfuerzos por crearlos nunca han tenido éxito hasta el momento. Esto es lo que nosotros estamos intentando hacer: resolver problemas sociales existentes a través de sistemas legales existentes. En cierto sentido, se podría llamar un proyecto cultural: animar a la gente a confiar en las negociaciones pacíficas. Ese tipo de confianza es precisa para un desarrollo más saludable del país en el futuro. Cuando se habla de «desarrollo sostenible», debe implicar también una sociedad en la que el gobierno se vea restringido por leyes y no pueda abusar de su poder con impunidad. Entretanto, los ciudadanos tienen que adquirir la capacidad de negociar en su propio beneficio, así como de usar la palanca legal para luchar por sus derechos civiles.

Se trata de mecanismos que se salen de la «vieja» concepción moderna china de revolución social. Pero tenemos que intentar desarrollarlos. Hablando con pesimismo, se trata de practicar algo que se sabe que es casi impracticable. Se trata de hacer un esfuerzo. Claro que nunca criticaré o intentaré detener a gente corriente en China que tome las calles para protestar contra la injusticia social. No tengo ninguna objeción a las protestas de masas ni ninguna obligación de defender la versión de la «estabilidad social» del Partido Comunista de China. Sin embargo, tampoco animaré a la gente a tomar las calles. Siempre que haya alguna oportunidad, intentaré señalar las demás opciones existentes.